

## El proceso de evaluación según la *Evangelii Gaudium*

Fernando Héctor Fornerod fdp<sup>1</sup>

El cambio de perspectiva pastoral que propone Papa Francisco en esta exhortación apostólica supone nuevas actitudes y formas en el campo del proceso de enseñar y aprender. ¿Qué características deberá tener la evaluación para los docentes y estudiantes? La categoría misericordia, tan recomendada en el documento, ¿podrá aplicarse a esta instancia? Esta mirada se inscribe también, en el actual empeño eclesial de la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana.

### Introducción

Muchas son las perspectivas desde las cuales se puede abordar la evaluación en el proceso de enseñar y aprender. Las distintas ponencias que hemos escuchado en estos días dan prueba de ello. Nuestro aporte invita a situarnos en una matriz pastoral. Es decir, reflexionar sobre la evaluación desde una mirada evangelizadora; verdadero ejercicio éste del discernimiento cristiano. Este enfoque nos ayuda a integrar otros tantos aspectos: como los que nos brindan todas las ciencias sociales con sus métodos de análisis y observación; sus metodologías y estrategias. Sobre el tema de la evaluación hay mucha bibliografía al respecto. Sabemos que hay muchas corrientes y autores muy competentes. Pero para nosotros, todos estos recursos carecen de verdadero sentido, sino están en un marco de referencia pastoral. O más bien digámoslo enseguida, sin una auténtica espiritualidad cristiana, corremos el riesgo de pensar que únicamente los métodos y las técnicas nos asegurarán buenos resultados. Detrás de un excesivo y tecnicista diagnóstico puede esconderse, finalmente un inconsciente deseo de no querer comprometernos en el acompañamiento efectivo de los educandos y docentes.

El desafío, por otra parte, de encontrar una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino de maduración en valores (EG 64), es la perspectiva desde la cual, el mismo Papa Francisco, nos convoca a ver los retos del mundo y de la Iglesia. En este cambio de paradigma, se nos invita nuevamente a mirar la realidad que nos rodea, con la mirada de Jesús. Esta nueva actitud es expresada en el documento como “salida misionera”; misionar: categoría que manifiesta el modelo de toda la obra de la Iglesia. Y en este sentido, para nosotros que somos los educadores que Dios ha llamado para su Pueblo, *salir* significa *asumir*; comprometernos en vivir un **estilo educativo auténticamente evangelizador** (EG 18). La evangelización no tiene

---

<sup>1</sup> Fernando Hector Fornerod, es sacerdote y religioso de Don Orione. Profesor de Filosofía, Doctor en Teología Dogmática (Pontificia Universidad Gregoriana) y Magíster en Gestión Universitaria (Universidad de Alcalá de Henares). Actualmente se desempeña como rector de IES Instituto Don Orione de Presidencia Roque Saenz Peña en la Provincia del Chaco.

su mayor peligro en la falta de fe o los cuestionamientos de hermanos nuestros que buscan a Dios, sino esa tristeza dulzona que puede colarse en el espíritu de los educadores bajo la engañosa añoranza que “todo tiempo pasado fue mejor”.

Queremos por lo tanto, que esta oportunidad que nos brinda CONSUDEC sea, como lo expresa el Papa, “ese espacio motivador y sanador [...] donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos la propia existencia y experiencia” (EG 77). Esta es la razón más profunda por la que hoy tantos educadores cristianos nos hemos reunido interrogándonos sobre nuevos modos de anunciar el Evangelio en nuestra tarea. Estamos contentos de poder responder humildemente a la invitación del Papa: reflexionar sobre la evaluación pedagógica en el marco de nuevas claves del anuncio evangélico.

En este sentido agradecemos y felicitamos a los organizadores de estas Jornadas. Nos han estimulado a retomar nuevamente esta exhortación programática de Papa Francisco. A releer sus páginas; a entusiasmarnos con sus inspiraciones. No abundan, al menos en nuestro país, tantos ejemplos como los propuestos por CONSUDEC y el Instituto Antonio Ruiz de Montoya de Posadas.

Todos sabemos ya, que no es posible considerar el documento de la *Evangelii Gaudium*, separado de su autor. Es cierto: la persona del Papa, como pastor y como cristiano; sus gestos y sus palabras, nos interpelan de un modo especial y nos ayudan a leer las páginas de su exhortación para que también nosotros, en nuestra tarea educativa, anunciemos el Evangelio con alegría.

Hemos escuchado en estos días que es difícil hablar de evaluación separada de la enseñanza y aprendizaje. Cuando hablamos de evaluación entendemos la valoración constante que debemos vivir en todo el proceso educativo. La evaluación, en efecto, es parte integral de una buena enseñanza. Ahora bien, ¿qué indicadores revelan que esa enseñanza es buena; y, en modo particular, que esa evaluación es también evangelizadora?

En el documento que juntos estamos reflexionando, hay una especie de constante interdependencia entre tres categorías: bondad – noticia – alegría. ¿Qué significa alegría para Francisco? Alegría en términos de la exhortación significa “ser misericordioso”; dejar que Dios lo sea primero con nosotros; para luego, que cada uno de nosotros lo sea con la gente, con los alumnos y sus familias, y en ellos con la comunidad toda. En efecto, la categoría dominante en la *Evangelii Gaudium*, es sin lugar a dudas, la **misericordia**. El Santo Padre, para describirla, se sirve de las palabras de Santo Tomás, que la define “como la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aun socorrer sus deficiencias” (EG 37).

## **Misericordia**

La actitud de la misericordia conlleva a quien ama, a poner su corazón en el corazón del necesitado, que por esa causa se convierte en amado. Decimos que es amado con un amor entrañable. Desde las entrañas. Desde dentro de uno mismo. Es

también, inclinarse hacia los otros; no por exigencia de alguna ley externa, sino como respuesta a un profundo movimiento interior de amor. Hacer el bien a otro porque nos hace bien a nosotros. En estas reflexiones seguiremos algunas indicaciones bíblicas dadas en alguna oportunidad por el p. Heriberto Rivas.

En toda la Sagrada Escritura, pero particularmente en los Evangelios esta actitud de Dios para con el hombre que llamamos misericordia, siempre se establece en un contexto de **alianza**. Diríamos de encuentro, de relación. De más está decirlo, que esta relación de amor es asimétrica, desproporcionada, ya que de un lado está Dios y del otro la humanidad. El Papa pone mucha atención a esta centralidad del amor de misericordia en el anuncio del Evangelio. Este encuentro de Dios con cada uno de nosotros que formamos su pueblo, es la verdad del anuncio misionero, que Francisco nos exhorta a mantenerla siempre en primer lugar (*Kerigma*): “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164). También hemos notado la insistencia que nos hace el Papa a no ocultar el kerigma o primer anuncio: que sea el primer anuncio, no significa que después haya otros. Primero significa el aspecto principal, el más importante. El que debe estar siempre presente en la vida del discípulo misionero. El proceso educativo y en particular el de la evaluación, tampoco debiera olvidar este horizonte.

Los educadores somos discípulos misioneros, es decir convocados y enviados a hacer que todos los pueblos sean discípulos del Señor (cf.: Mt 28, 19-20). El evangelio de Mateo se cierra con estas palabras:

<sup>19</sup> Vayan, entonces, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, <sup>20</sup> y **enseñándoles** a cumplir todo lo que yo les he **mandado**. Y yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo».

El Señor envía a sus apóstoles a enseñar a todos, que él se ha *ofrecido y que está vivo a nuestro lado para iluminarnos, fortalecernos y liberarnos*. Y esto se dice de un modo muy explícito: Vayan y prediquen curen a los enfermos, den la vista a los ciegos, etc. El mismo evangelista Mateo ha querido reunir en una sección de su obra, los signos y la predicación del Reino de los Cielos (Mt 8-9). Los profetas habían anunciado que el Reino de Dios traería paz y alegría a los afligidos, haría ver los ciegos, devolvería la salud a los enfermos y acabaría por siempre con el sufrimiento y la opresión. Con la llegada de Jesús, todos aquellos anuncios proféticos comienzan a hacerse realidad. Y los milagros en el evangelio de Mateo anuncian que Dios es rey. En esos dos capítulos, entonces, Mateo coloca más de la mitad de todos los milagros relatados en su Evangelio. Los milagros de Jesús son las señales de esa presencia misericordiosa.

Pero para comprender esta voluntad del Señor, recordemos que en Mt 6, Jesús ha dado a los discípulos la oración del Padrenuestro.

<sup>9</sup> Ustedes oren de esta manera: Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre, <sup>10</sup> que venga tu Reino, que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo. <sup>11</sup> Danos hoy nuestro pan de cada día. <sup>12</sup> Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido. <sup>13</sup> No nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal.

En ella decimos “*que venga tu reino, que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo*” (Mt 6,9). Es decir que Dios es rey, y como tal impone su voluntad. Como los reyes de Oriente: él es la ley y se impone a través de su voluntad. No hay código de leyes. P. Heriberto Rivas interpretando esta concentración de signos de Jesús y el mandato de misionar, afirma que anunciar el Reino es anunciar un mundo donde solo y únicamente se haga la voluntad de Dios; es decir: es trabajar para quitar todo aquello

que se opone a su voluntad: la mentira, la violencia, la injusticia, el sufrimiento, etc. Jesús inaugura esta etapa del cumplimiento con dichos y hechos. Y así tenemos en los capítulos 8 y 9 esos signos que expresan la acción de la misericordia de Dios:

- a. La curación del leproso 8,1-4
- b. La curación del sirviente del centurión 8,5-13
- c. La curación de la suegra de Pedro 8,14-15
- d. La curación de los dos endemoniados de Gadara 8,28-33
- e. La curación de un paralítico 9,1-8

Hasta llegar al llamado de Mateo y las palabras de Jesús que dan la dirección correcta a los signos que ha cumplido: “Vayan y aprendan qué significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios. Porque yo no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores” (9,9-13).

En cada uno de los signos milagrosos de Jesús hay una barrera que es quitada, porque impedía a los hombres ser verdaderamente humanos. Y con Jesús, hay una nueva relación que se reestablece.

<sup>1</sup> Cuando Jesús bajó de la montaña, lo siguió una gran multitud. <sup>2</sup> Entonces un leproso fue a postrarse ante él y le dijo: «Señor, si quieres, puedes purificarme». <sup>3</sup> Jesús extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Lo quiero, queda purificado». Y al instante quedó purificado de su lepra. <sup>4</sup> Jesús le dijo: «No se lo digas a nadie, pero ve a presentarte al sacerdote y entrega la ofrenda que ordenó Moisés para que les sirva de testimonio».

En este relato de la curación del leproso, Jesús le quita a este hombre la impureza legal, externa (no se habla de impureza moral). Lepra está referida a toda enfermedad de la piel. El mal de Hansen no era conocido en la época de Jesús. Los leprosos se los consideraba religiosamente impuros. No podían estar con los demás; no podían entrar al templo. El leproso le pide que lo purifique. Entonces el Señor lo purifica, y lo pone nuevamente en contacto con Dios. El milagro que tenemos que hacer nosotros, es entonces quitar la impureza de la gente: acercarnos al pueblo, acercar la gente entre sí, permitirles que se encuentren con Dios. Esto es anunciar el Reino.

Así también ocurre con el sirviente del centurión, que era impuro, por ser extranjero y pagano:

<sup>5</sup> Al entrar en Cafarnaúm, se le acercó un centurión, rogándole: <sup>6</sup> «Señor, mi sirviente está en casa enfermo de parálisis y sufre terriblemente». <sup>7</sup> Jesús le dijo: «Yo mismo iré a curarlo». <sup>8</sup> Pero el centurión respondió: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa; basta que digas una palabra y mi sirviente se sanará. <sup>9</sup> Porque cuando yo, que no soy más que un oficial subalterno, digo a uno de los soldados que están a mis órdenes: “Ve”, él va, y a otro: “Ven”, él viene; y cuando digo a mi sirviente: “Tienes que hacer esto”, él lo hace». <sup>10</sup> Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que lo seguían: «Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel que tenga tanta fe. <sup>11</sup> Por eso les digo que muchos vendrán de Oriente y de Occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el Reino de los Cielos; <sup>12</sup> en cambio, los herederos del Reino serán arrojados afuera, a las tinieblas, donde habrá llantos y rechinar de dientes». <sup>13</sup> Y Jesús dijo al centurión: «Ve, y que suceda como has creído». Y el sirviente se curó en ese mismo momento.

Jesús rompe la barrera entre paganos y judíos; entre creyentes y no creyentes; Dios es Padre de todos. No se trata de hacer acepción de personas, sino de estar abiertos a todos. No hay diferencias; no hay exclusiones. Y en la misma línea, en la curación de la suegra de Pedro, ya no hay diferencias entre varón y mujer.

<sup>14</sup> Cuando Jesús llegó a la casa de Pedro, encontró a la suegra de este en cama con fiebre. <sup>15</sup> Le tocó la mano y se le pasó la fiebre. Ella se levantó y se puso a servirlo.

Todos tienen la misma dignidad de personas. Jesús borra la marginación de las mujeres. La suegra de Pedro es curada y se pone a servir a Jesús. Que una mujer “sirva” a Dios, tiene otra resonancia para un lector cristiano.

Jesús al final de esta larga serie de gestos que podríamos considerar como indicadores de una cultura del encuentro, perdona los pecados al parálítico que es bajado del techo:

<sup>9</sup> <sup>1</sup> Jesús subió a la barca, atravesó el lago y regresó a su ciudad. <sup>2</sup> Entonces le presentaron a un parálítico tendido en una camilla. Al ver la fe de esos hombres, Jesús dijo al parálítico: «Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados». <sup>3</sup> Algunos escribas pensaron: «Este hombre blasfema». <sup>4</sup> Jesús, leyendo sus pensamientos, les dijo: «¿Por qué piensan mal? <sup>5</sup> ¿Qué es más fácil decir: “Tus pecados te son perdonados”, o “Levántate y camina”? <sup>6</sup> Para que ustedes sepan que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados –dijo al parálítico– levántate, toma tu camilla y vete a tu casa». <sup>7</sup> Él se levantó y se fue a su casa. <sup>8</sup> Al ver esto, la multitud quedó atemorizada y glorificaba a Dios por haber dado semejante poder a los hombres.

¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios? Y al salir se encuentra con un cobrador de impuestos. Y lo mismo hecho hasta ahora lo hace con el cobrador de impuestos. Y sin que haya manifestado arrepentimiento, Dios primerea al pecador público; sale a donde están los lejanos, los excluidos. La misericordia llega hasta allí: acercarse a los que están lejos:

<sup>9</sup> Al irse de allí, Jesús vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió.

En el Antiguo Testamento el gesto de misericordia exigía primero el arrepentimiento. Y en este sentido, los gestos y signos de Jesús provocan las protestas de los fariseos y escribas. La decisión de Jesús no da lugar a equívocos: Él coloca la misericordia por encima del sacrificio (de los actos de culto). Y en esto puedo ayudarnos recordemos la pregunta en el Evangelio de Lucas, que resuena en el episodio del Buen Samaritano: Y ¿quién es mi prójimo? (Lc 10,29). Aquel que usó misericordia. Dios con su misericordia apela a lo más profundo del ser de la persona para que pueda cambiar respondiendo a ese gesto de amor. No se ocupa de los pecadores por una exigencia de la ley, sino por un movimiento interior. Él nos da un nuevo mandamiento; nos lo ofrece apelando a nuestra libertad y compromiso de crecer. Esto constituye una nueva mirada sobre el mundo y sobre cada uno de nosotros.

Los fariseos y escribas mirando desde la ley catalogaban la gente. Jesús mira desde la misericordia. Así abraza a todos.

### **Misericordia y evaluación (marco interpretativo)**

Focalicemos ahora este marco en nuestra tarea como educadores. A primera vista podría pensarse entonces que la propuesta papal consiste fundamentalmente en renovar nuestra **forma** de llevar adelante la actividad educativo misionera. Es decir, **hacer lo mismo, pero de otro modo**. ¿De qué serviría hacer nueva la escuela, con bancos nuevos, con muros pintados, si adentro colocaremos las mismas personas que teníamos en la escuela vieja, pero que siguen con el corazón envejecido por la aridez y la desertificación de la ausencia de Dios en el servicio que prestan a los que se les ha confiado? En efecto, todos nos hemos dado cuenta, que las actitudes misericordiosas de

Jesús apuntan a otra cosa. En esta misma línea comprendemos que lo que el Papa plantea es mucho más radical: es salir al encuentro del otro como manifestación de un amor entrañable, que renueva todos y todo. Muchas veces esta exhortación papal, ha sido incomprendida, silenciada y ahora últimamente también atacada.

Entonces, si la invitación del Papa es algo mucho más profundo y real; que no apunta a renovar la actividad misionera, ¿de qué cosa se trata? El Señor, como lo hizo desde siempre, nos invita a renovar la Iglesia mediante la misión: y esto también nos afecta, porque la escuela que es parte fundamental de la Iglesia. Escuela en misión es escuela en salida, y salir significa amar misericordiosamente, porque la alegría te hace nuevo. La escuela, la comunidad educativa, es como el espacio más abierto de la Iglesia. La escuela es como la plaza de nuestros pueblos y ciudades, enfrente de la cual están los templos; en la plaza están todos; caben todos; también los que están de paso. Los que están sin saberlo. Allí tenemos que vivir el encuentro.

El nuevo estilo educativo evangelizador entonces debe primerear, es decir, tomar la iniciativa, adelantarse a las dificultades y desafíos de estudiantes y docentes. De allí que la tarea educativa y evaluativa deba expresarse **también en los términos de la actitud evangélica de la misericordia**. Estamos bastantes acostumbrados a reflexionar sobre esta actitud en clave moral. Una de las tareas pendientes es la de traducirla en categorías pedagógicas para que se constituya en el alma de nuestra acción educativa. De hacerlo, estaremos encarnando una auténtica “opción de los pobres”, y acogiendo a los que están en la periferia.

¿Cómo vivir esa actitud inédita en nuestra vida de educadores? Porque con frecuencia al hablar de enseñanza y aprendizaje, y también de la temática que nos ha convocado que es la evaluación, corremos el riesgo de reducir estos temas a cuestiones técnicas, o a la selección de los métodos apropiados. Aquí se trata de hacer todo esto pero con una verdadera espiritualidad cristiana.

La evaluación no debe ser la expresión de un juicio; el juicio no cambia las personas; no las transforma: las declara tal como son. Y aquí para la evaluación, vale ese principio agustiniano que estudiábamos en el tratado de gracia: “dame Señor lo que e pide, y pídemelo lo que quieras”. La evaluación como la verdadera educación, debe apelar a la libertad de la persona, para que el crecimiento sea deseado y siempre desde dentro, y no quede como un procedimiento sin significado o un premio o castigo externo. Esto no puede dejar tranquilo a nadie. Creo que la experiencia de la misericordia como es propuesta por Jesús, puede darnos pistas para dar pasos para pasar de una heterorregulación evaluativa hacia la autorregulación de los alumnos y de los profesores en materia de aprendizaje y evaluación. Siempre habrá riesgos que correr. Pero que sea el de apelar a la libertad y a la significabilidad de las personas. “La centralidad del kerigma demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes. Es decir, que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad e integralidad” (n. 165). Para ello es necesario que la gente pueda conocer a Jesús (n. 41).

Hay una percepción que si uno es misericordioso dejará pasar todo. Eso no es misericordia evangélica. Porque como hemos visto, cuando un corazón te ama entrañablemente, ya nada queda como antes. En el Evangelio nadie que estuviese dispuesto a recibir el don de Dios, se fue como había llegado a ese encuentro de salvación. La misericordia ayuda a despertar el compromiso por el que no sabe, por el

que quiere crecer, por el que quiere liberarse para dar cada vez más. Y en este sentido la evaluación debiera ser juzgada por el indicador, si hay mayor comunidad, relación, cercanía o aislamiento, segregación y descarte de aquellos que viven con ciertos estándares el proceso de enseñar y aprender.

Ha habido situaciones en la que la evaluación estaba destinada a hacer sentir mal a la gente, a decirle lo que no tenía, no podía y no sabía. Vivir así esta instancia tan importante del proceso de enseñar y aprender es reducir la evaluación a algo aséptico, porque no compromete a nadie; ni siquiera al protagonista de la educación. La actitud de Jesús no es la de la evaluación juicio, sino la del amor-compromiso por el bien del otro. Es verdad: sin estas notas esenciales de nuestra espiritualidad cristiana, no podremos vivir la misión de asumir a los demás como nuestra propia carne.

Se ha vivido y sufrido, la evaluación como instrumento de expulsión. Pero esto no es un problema solo de los alumnos, sino de los educadores que se presenta muchas veces como la sibilina solución a nuestros problemas de cansancio o de enfermedad y agotamiento. Cuando la solución de nuestro cansancio reside en que vivimos nuestra tarea educativa animada por una motivación adecuada, por una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable (EG 67). Quienes no tienen estos sentimientos de Jesús no le pertenecen.

También esas formas perversas de evaluación pueden tener algo de esa fascinación del gnosticismo o del neopelagianismo autorreferencial que da origen a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás (EG 94). Tantos cursos que hacemos, y pocas experiencias de misión, de retiro de soledad para con Dios. Esto no es más que un indicador de la oscura mundanidad de la Iglesia que se hace presente bajo falsos ropajes espirituales. La experiencia de la educación evangelizadora tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio (EG 92).

### **Un nuevo compromiso educativo comunitario**

¿Quién va a llevar adelante esta tarea? Enseguida lo decimos: tenemos que hacerlo juntos. El desafío es grande. En el capítulo dos de la exhortación papal, se habla de las causas de la crisis del modelo, de todo compromiso comunitario. Y se describe minuciosamente por ejemplo, los elementos de una economía del “no encuentro”, que significa consumismo, inequidad y violencia. Para superar esta situación es necesario llevar adelante una educación que favorezca el pensar críticamente y ayude a madurar en valores. Esto alejará en los creyentes agentes pastorales las tentaciones que pueden ser resumidas en la categoría “mundanidad”.

¿Cuándo una escuela se tiñe de mundanidad? Cuando renunciamos a nuestra vocación y nos volvemos meros profesionales de la educación. La novedad a la que estamos llamados hoy, es **la de comprometernos con los demás**.

Esto mismo puede decirse de nuestra escuela cristiana y de todos sus actores, procesos y estructuras. De hacerlo así, encontraremos que allí reside la fuerza y la encarnación del mensaje de Jesús. En términos eclesiológicos o de reflexión sobre el misterio de la Iglesia, esto tiene que ver con la *sinodalidad*. Es decir, con ese aspecto de

caminar juntos (significado de la palabra sínodo) en la búsqueda del Señor en la historia.

Busquemos juntos; que lo hagan solo los directivos o los expertos, es una tarea que conduce a resultados parciales. Se nos invita a tener un oído en la escuela, en quienes no solo han golpeado las puertas, sino que han entrado en ellas. La mayor de las veces, no porque seamos educadores católicos, sino por tantas motivaciones que reflejan el amplio arco de sueños y expectativas de la comunidad civil. Ninguna de ellas es ajena a nuestra misión, porque ninguna aspiración profundamente humana es ajena a Jesús.

Sin una verdadera espiritualidad la actividad se vuelve pesada. Las tareas cansan más de lo razonable. Hay muchos orígenes en este mal. El Papa lo describe de un modo muy gráfico: en el gris pragmatismo de la educación también se desarrolla la “psicología de la tumba”. Que aleja la alegría de la evangelización. La tentación de este momento actual no es la increencia sino la tristeza (n. 2).

### **Los cuatro principios**

Formas y actitudes concretas de misericordia para predicar el anuncio alegre del Evangelio.

#### **El tiempo es superior al espacio**

En educación, es muy fácil caer en la tentación de querer tener todo bajo control. Nos genera inseguridad el no tener las cosas por el mango. Y nos obsesionamos. Agrandando dificultades; ignorando pequeños pasos. Los alumnos no son los espacios que deban estar bajo nuestro control. Ellos y nosotros vivimos en la historia; el tiempo siempre nos proyecta hacia adelante y nos amplía la mirada. Más que poseer en la escuela los espacios de poder, se trata de producir procesos que con el tiempo van a generar sus frutos.

Insistimos. No se trata entonces de tener todo resuelto, sino generar procesos que produzcan frutos con el tiempo. Procesos que sepan generar no solo habilidades, sino también sujetos de actitudes esencialmente cristianas que hablen del encuentro con el Señor. Uno de ellos es la misericordia. Y su manifestación histórica es la alegría. La evaluación debe tener en cuenta el espíritu con el que se enseñó, corregir desviaciones; pero fundamentalmente potenciar la humanidad de nuestros estudiantes.

#### **La unidad por encima de los conflictos**

El segundo principio el Papa lo refiere a “la cultura del encuentro”. El conflicto en los procesos educativos no puede ser ignorado. Tiene que ser asumido. A veces también en la aceptación de sufrirlo. Uno tiene que defender convicciones pero si llega un momento en el cual esa defensa tiende a romper la paz social y la unidad, los resultados no pueden ser otros que el provocar destrucción. Por lo tanto, llega un momento en el que tenemos que negociar; dialogar, ceder algo que puede ser muy doloroso para uno. Es un principio que debemos poner en práctica en la vida cotidiana, en lo de todos los días.

La escuela evangeliza cuando es facilitadora del encuentro con los demás. La insistencia en la perfección del mensaje evangélico; de la pretensión del Señor de ser la clave de la historia, no reduce toda las diferencias, sino que las integra.

Todos tienen lugar en la educación; no educamos seres para que sean perfectos sino para que sean profundamente humanos. En el proceso de valoración entonces,



alejémosnos del intransigentismo y del protagonismo narcisista de aquellos que quieren ser los únicos. El Papa aclara: este principio “no es apostar por un sincretismo, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna” (n. 228).

### **La realidad más importante que la idea**

El peligro está en hacer que la evaluación se transforme en el único modo de abordaje de toda la realidad. Por ejemplo, fanatizarme por esta forma de valoración, desechando otras. Como si pretendiese que todos mis alumnos manifiesten sus procesos y la ponderación de conocimientos del mismo modo: es decir, del mismo modo como yo lo hice.

### **El todo es superior a la parte y es también más que la suma de cada una de ellas.**

Toda la comunidad acompaña el proceso de maduración. Otros pueden ver lo que nosotros no vemos. Y hacernos notar que los grados de maduración que pedíamos están presentes, pero invisibles porque no se ven; o utilizo los métodos inadecuados. Si hay una enseñanza adaptativa que atiende a la diversidad del alumnado, ¿porqué no hacerlo también en la evaluación? Escuchando lo que otros colegas ven de mis alumnos. Lo que el mismo estudiante me va hablando de sus trayectos académicos.

### **Educadores con Espíritu**

Evidentemente sin una profunda motivación espiritual, dos son las posibilidades en la educación y consecuentemente en la evaluación: el rigorismo o el laxismo. Francisco, el 13 de febrero de este año dirigió un discurso a los participantes en la plenaria de la congregación para la educación católica. En este breve discurso, el Papa habló de la figura del formador; cito un fragmento con el que queremos concluir a modo de síntesis:

Quiero limitarme –escribía el Papa - a recordar los rasgos de la figura del educador y de su tarea específica. Educar es un acto de amor, es dar vida. Y el amor es exigente, pide utilizar los mejores recursos, despertar la pasión y ponerse en camino con paciencia junto a los jóvenes. En las escuelas católicas el educador debe ser, ante todo, muy competente, cualificado y, al mismo tiempo, rico en humanidad, capaz de estar en medio de los jóvenes con estilo pedagógico para promover su crecimiento humano y espiritual. Los jóvenes tienen necesidad de calidad en la enseñanza y, a la vez, de valores, no sólo enunciados sino también testimoniados. La coherencia es un factor indispensable en la educación de los jóvenes. Coherencia. No se puede hacer crecer, no se puede educar sin coherencia: coherencia, testimonio.

Por eso el educador necesita, él mismo, una formación permanente. Es imprescindible, pues, invertir para que los profesores y los directivos mantengan su profesionalidad y también su fe y la fuerza de sus motivaciones espirituales.